

Analizando, Señor, los moralistas, doctos en orgullo, pretenden interpretarte, sin ver que fragmentan tu total Designio, que individualizan lo universal y apenas consiguen al fin erigir en ley el engendro de su ética. Poseen apenas un concepto humano del bien, un concepto humano del mal... y unas cuantas pasiones que gobiernan el juego.

Tiene razón Fray Bernardo, Señor. Son niños, los hombres, y siempre se quedan con las piezas sueltas del reloj entre las manos desencatadas o ineptas.

## Aguinaldos

—He aquí una joya exquisita, miradla!...

El joyero Sulfot abrió un riquísimo estuche ante la vista de Jaime Miralta, el más rumboso, pero también el menos contentadizo de sus clientes.

—En efecto, en efecto,—exclamó éste, admirando francamente el artístico brazalete que en el fondo de la mullida cajetilla lucía.

Un suspiro de satisfacción ensanchó el pecho del viejo comerciante. No era poca fortuna terminar con provecho el negocio con aquel enojoso señor que le hacía dar vueltas y vueltas en torno de sus vitrinas para encontrar prenda de su gusto.

Ese día, víspera de Navidad, si por casualidad, si por el crecido número de compradores, el vendedor de joyas depuso su mal humor y, icosa rara! gastó paciencia de patriarca para exponer gran parte de su valiosa mercancía, sin lograr complacer a Miralta. Inútil resultó su arte para hacer jugar la luz sobre las pulidas gemas y los finos esmaltes en pendientes, dijes y alfileres. Nada. La risa fulgúrea de los brillantes, el guiño rojo de los rubíes, las perlas, las amatistas con su enigmático tinte y los zafiros con su franco azul, todos por igual, sólo merecieron del comprador un gesto displicente y una respuesta que era a modo de un ritornello:

—Quiero algo mejor, Sr. Sulfot, quiero algo mejor, más genial, más raro, en fin, buscad, buscad. Yo aguardaré.

Ah! si el joyero hubiese sabido! Cuán disculpable habría encontrado su descontento. Miralta quería obsequiar a una bella y graciosa muchacha que hacía por entonces sus delicias. No era caso de enviar una bagatela! Ni con mucho!

Deseperaba ya el joyero cuando surgió en su mente el famoso brazalete guardado allá en los anaqueles de la trastienda, entre las mercancías de reserva. Sin regateo quedó hecho el negocio por sesenta libras.

Has de hacerme, Señor, impersonal e ingenuo, identificado y humilde. Actuaré entonces sin concepto y con el corazón libre. No amaré en Ti a los hombres, como hoy me figuro amarlos; en ellos te amaré a Ti. Como los simples de Asís, tendré al Cristo vivo en mi alma simplificada. Habrás enviado así a tu siervo la Gracia; y como el aire en los tubos del órgano de nuestra iglesia, adaptado a todas tus formas, cantaré siempre la nota justa que te glorifique.

Miralta encargó al joyero del envío de la joya a su destino, y después de entregar una fina cartulina con su nombre, y de encarecer las señas: «Rosina María, Calle 16, casa 10», dispúsose a dejar la tienda.

—Oye, papá, ¿no compras aguinaldos para mamá?—dijo entonces una niña paliducha que le acompañaba, y en quien no había el joyero reparado.

—Ah! verdad, chinita, verdad,—exclamó Miralta volviendo al mostrador. —Sr. Sulfot, busque Ud. por ahí otras cosillas...

Ante la perspectiva de nueva venta, el joyero volvió gozoso a mostrar estuches y estuches indicando sus respectivos precios: cuarenta libras!, treinta... veinte... quince... diez...

El comprador hacía gestos negativos. El vendedor comprendió: El espléndido señor del brazalete tornábase ahora en humilde solicitante de joyas baratas. Las cajas forradas en terciopelo fueron reemplazadas por pequeñas vidrieras llenas con orfebrería de plata dorada. Una modesta pulsera obtuvo la preferencia. Concluido el nuevo negocio, Jaime Miralta, ya un tanto impacientado, despidióse no sin anotar las nuevas señas, «Luisa de Miralta, Calle 20, casa 12».

Entonces la chicuela paliducha, con viveza súbita, brillantes los ojos, acercóse al joyero y rápidamente murmuróle anhelante:

—Mande a mamá la más bonita, oyó? Aquélla, la de estuche rojo, aquélla...—Y la niña mostró el rico brazalete.

Sulfot enternecido miró a la chiquilla. Una querida mujer de cabeza blanca para quien él había querido también lo más bello, surgió en sus viejos recuerdos, y ante la santa visión, el joyero Sulfot que aquel día, cosa rara! estaba de buen humor, conscientemente cambió las direcciones...

LYDIA BOLENA.

## La fuente

(Leyendo a CIANA VALDÉS ROIG).

Es su alma una fuente magnífica y sonora en la que los sedientos amortiguan su sed, y a cuyos frescos lados descansa el peregrino que trae al hombro los fardos pesados del [ayer.

Junto a ella hay cantores alegres e incansables que lanzan sus gorgeos con aire decadente, mientras que los viajeros refrescan su garganta con el agua que corre tranquila y reluciente.

El sudor del cansado peregrino que bebe va desapareciendo; el loto lo adormece y el musgo lo recibe con su caricia leve...

Los sentimientos se hacen humildes flores [cillas, y el peregrino sigue bebiendo de la fuente sobre el húmedo musgo que crece a las [orillas.

MARCO TULIO SALAZAR

Barba, 7-1-1923

## Noticiario

(1923)

Nos llegan los 10 primeros números de *El Día*, San Salvador, diario de información y de cultura. Cumple, por cierto, con este lema. Son sus directores: Alberto Masferrer y Juan Ramón Uriarte, promesa y realidad de muy buenas cosas para el adelanto de los centroamericanos que lean *El Día*.

Se trata de esta obra:

UNE HISTOIRE DE LA LITTÉRATURE FRANÇAISE CONTEMPORAINE. (De 1871 a nos jours). Par René Lalou. 1. vol. Les Éditions G. Crés & Cie. París.

Al anunciárnoslo, Alfonso Reyes, juez competente, nos dice:

«Libro muy bueno, querido García Monge: hágale propaganda; será muy útil».

NUEVA REVISTA, quincenario de Educación y Letras, Ciencias, etc., de Buenos Aires, en el número del 15 de diciembre de 1922, reproduce, con el título de *Hojas dispersas*, algunas de las agudas notas que suele publicar don Elías Jiménez Rojas en su revista REPRODUCCIÓN.

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.